

Espiritualidad, Humanismo y vida masónica

FRANCISCO MUÑOZ SICILIA, 14^o

RESUMEN

Es el inconformismo y la insatisfacción espiritual y material la que lleva al hombre a la búsqueda de nuevas formas de organización social y realización espiritual. Quizás la masonería actual sea una utopía que trata de conjugar el humanismo con la espiritualidad masónica y acabar con la permanente insatisfacción vital, generando un humanismo abierto a la trascendencia. La espiritualidad y el humanismo son parte fundamental de la mejora individual y social que componen nuestra idea de lo que debe ser una vida masónica plena. La Logia debe ser tanto un Templo como un Taller y debemos procurar el equilibrio entre estos dos deberes a lo largo de nuestro camino iniciático.

"La vida de cada hombre es un camino hacia sí mismo, el intento de un camino, el esbozo de un sendero."

Hermann Hesse ¹

Todos los seres humanos somos compañeros en un viaje, el viaje de la

vida. Juntos recorreremos ese camino y, sin embargo, cada persona percibe su sentido de forma distinta, unas veces con pequeñas diferencias, otras con concepciones radicalmente opuestas. Nuestra interpretación del mundo y nuestra escala de valores determinan lo que conocemos como cosmovisión. Desde esta perspectiva, la espiritualidad y el humanismo recogen los valores fundamentales de nosotros y nuestra relación con el mundo.

Si damos credibilidad a Abraham Maslow, padre de la llamada "psicología humanista", cuando nuestras necesidades básicas están suficientemente satisfechas, surgen otras inquietudes de carácter más difuso que motivan conductas de búsqueda. La insatisfacción actúa como un motor en nuestro comportamiento y hace al hombre iniciar una pere-





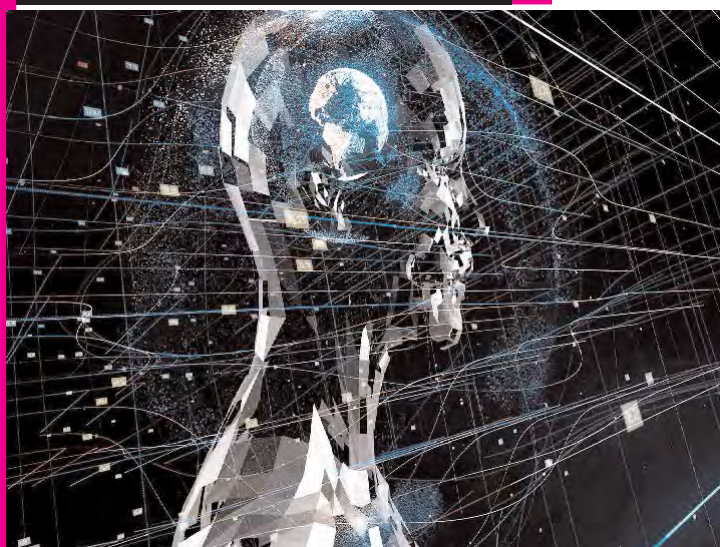
grinación vital en pos de su anhelo. Así hablamos de realización, de trascendencia, de justicia, de libertad, tratando de poner un nombre, de definir, aquello que creemos le falta a la vida para que ésta cobre todo su significado.

Para calmar ese vacío interior, ese desasosiego, hemos escogido recorrer el camino iniciático. No existe un único camino, pero todos aspiran a saciar un mismo deseo. "Los hombres son arqueros que buscan el blanco de sus vidas. Apuntan libremente, y con frecuencia yerran, porque la libertad que permite escoger no dice qué conducta nos hace más hombres"².

Nuestra espiritualidad y los valores humanos reflejados en el testamento filosófico que redactamos en la Iniciación,

indican en grandes rasgos nuestra particular cosmovisión y lo que esperamos en nuestra futura vida masónica. Señalan las líneas generales de la conducta que aspiramos seguir en la tarea de construcción personal y social y marca nuestro rumbo vital. Hay quien busca primordialmente perfeccionar su espiritualidad y quien desea fervientemente mejorar el mundo, pero ambos aspectos, sentimiento y razón, forman parte indisoluble del ideal masónico.

El pensamiento determina nuestras acciones y éstas marcan el rumbo de nuestra existencia. La conciencia ocupa un papel primordial, pues debe cuestionar valores que nunca hemos discutido y modificar conductas fruto del consenso social que son ajenas a nuestra naturaleza íntima. Para el hombre, alcanzar su



destino sería vivir observando una conducta sin disonancias, acorde con los valores dictados por su conciencia. Somos hijos de nuestras obras y nuestro juez interior nos dirá en su momento si lo hemos logrado.

De la aparente dualidad alma y cuerpo, surgen lo que parecen dos mundos distintos: uno material y otro de naturaleza espiritual. De ellos, nacen sistemas morales que, a pesar de compartir algunos valores comunes, están radicalmente enfrentados en algunas cuestiones. En la vida profana, estos mundos se expresan a través de la religión y de la política.

Las ideologías y las religiones han sido las respuestas históricas de las sociedades a sus necesidades materiales y espirituales. Ambas, han generado códigos morales y han perseguido "ordenar y armonizar" la vida humana. A lo largo de la historia muchos de estos modelos sociales han derivado en centros de poder, y han generado ideologías con vocación universalista configurando estructuras que han fundamentado su

legitimidad en el diseño del poder divino. El problema es que reinos e imperios distan mucho de ser justos e igualitarios, y suponer que su existencia deriva de la voluntad inapelable de un poder celeste supremo, levanta las suspicacias de algunos descreídos. Parece que Dios no hizo a todos libres e iguales, pues olvidó a algunos hombres para privilegiar a otros. Las religiones e ideologías, mientras son minoritarias, apelan a la tolerancia y al respeto a sus creencias o convicciones, pero cuando adquieren mayor relevancia, por lo general se tornan en fanáticas e intolerantes. Entonces su verdad basta por si sola para explicar tanto el hombre como el mundo, y el dogma, la creencia ciega, se erige como un pilar inamovible ajeno a la razón y la ciencia. Estas concepciones han producido dolor, injusticia y muerte, y nuestro ideal pretende superar ese pasado.

Son la política y la religión los asuntos sobre los que Las Constituciones



de Anderson vetan discutir. En masonería, la hegemonía de lo espiritual o de lo social ha conducido al cisma entre la masonería simbólica espiritual, centrada en el mejoramiento personal, y la llamada masonería adogmática cuyo enfoque es fundamentalmente social. De igual manera, en muchas logias, la hegemonía de una de las dos tendencias frustra, y conduce a abandonar la Orden a los que no encuentran su inquietud suficientemente valorada por sus hermanos.

Mal podrá construir una sociedad justa quien no se haya mejorado antes a él mismo. La espiritualidad es algo inmaterial, una fuerza interior que nos impulsa a buscar una relación con el principio regulador y a plantearnos infinidad de preguntas sobre nosotros y la naturaleza que

nos rodea y sustenta. Hay encuestas³ que afirman que sólo una de cada tres personas ha tenido alguna experiencia espiritual en su vida. Muchos desean sentir este tipo de vivencias, y las buscan desesperadamente a lo largo de su existencia. Una aproximación psicológica al fenómeno describe que la vivencia de transcendencia o experiencia mística se alcanza cuando un individuo supera su identidad individual, y se identifica con la Totalidad, interpretada ésta como el sostén del universo físico. Esta es una experiencia inefable que recibe varios nombres según las culturas que intentan detallarla: iluminación, epopteia⁴, satori, éxtasis y otras muchas. Conviene recordar aquí, que lo espiritual puede inspirar un código moral, pero espiritualidad y moralidad son conceptos diferentes.





En cualquier caso, lo espiritual nace en el interior del hombre; unos lo llaman revelación, comunicación directa con el Creador a través del misticismo; otros lo entienden como un camino hacia el conocimiento gnóstico del principio regulador. Da igual que consideremos que ese hallazgo ha sido una verdad revelada como que es un proceso racional, en ambos casos es un cambio interior que aporta conocimiento. Es un sendero de búsqueda y cada pequeño hallazgo es recompensado con un sentimiento inefable, un destello de luz. Ya que este tipo de experiencia, salvo en raras ocasiones no suele ocurrir de manera esporádica, se han utilizado diversas técnicas para conseguirla: la autognosis, la meditación, el yoga, la oración, el ayuno, la flagelación y el consumo de sustancias psicotrópicas denominadas enteógenas⁵.

Tradicionalmente, en contraposición con lo espiritual, esta lo material, el "Mundo". El hombre es un ser social y por ello tiende, como en otras especies animales, a organizarse en una colectividad que le permita lograr su supervivencia con mayores garantías. Si además esa organización facilita alcanzar una mayor seguridad y bienestar, el modelo seguido perdurará en el tiempo. Vivir en sociedad implica adoptar un conjunto de normas que regulen la convivencia; son estas normas la seña de identidad de las sociedades y las que determinan su futuro.

El humanismo puso al hombre en el centro del universo, le aportó dignidad y lo hizo responsable de su destino. En este esfuerzo, cambió el modelo de sociedad y sus valores. Parafraseando el conocido aforismo de Terencio, "Hombre soy, nada humano me es ajeno⁶ .", podemos

decir también que nada de lo que concierne al ser humano es ajeno a la Masonería. Pero del humanismo tradicional han surgido nuevos movimientos, como el posthumanismo y el transhumanismo, que ponen en entredicho algunos de sus postulados fundacionales.

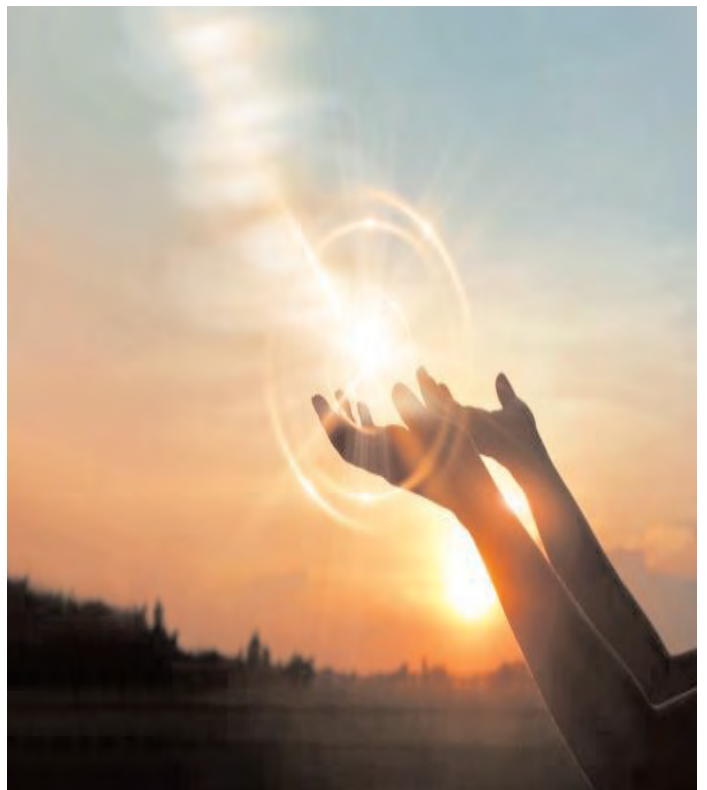
El posthumanismo cuestiona el paradigma del antropocentrismo bíblico que coloca al hombre en el "ómnifalco" de la creación y aboga por modular sus necesidades materiales, sin destruir su entorno natural y al resto de los seres vivos. Hoy es un pensamiento ampliamente aceptado en nuestra sociedad.

El transhumanismo tiene sus antecedentes, en las antiguas ideas de Francis Bacon⁷ sobre la reconstrucción del hombre, de la naturaleza y del mundo. El transhumanismo está ya presente en los debates actuales en todas las áreas del conocimiento y levanta numerosos temores. La ingeniería genética, la informática, la inteligencia artificial nos trasladan a mundos de ficción científica en los que el hombre se construye yendo más allá de las fronteras biológicas de sus limitaciones vitales y temporales. Como ejemplo, la neurociencia busca explicación a la espiritualidad en bases racionales y cree poder influir en ella. La neuroteología, una de las ramas de la neurociencia, pretende explicar el componente neurológico de la experiencia religiosa utilizando el método científico⁸ e incluso hay genetistas como Dean Hamer, que creen que las personas religiosas lo son por estar condicionadas genéticamente, ya que poseen un gen

asociado a la autotrascendencia o espiritualidad.

A pesar de que en la Biblia leamos que "Quien añade ciencia, añade dolor⁹", ésta ocupa un lugar privilegiado en la masonería, está en su núcleo fundamental. Pero la ciencia busca el conocimiento, no la sabiduría. Hay que reflexionar si el transhumanismo es un territorio vetado por nuestros valores, y si es compatible con nuestra utopía constructiva, pues al hombre le genera un temor ancestral sufrir el "hibris", el mítico castigo de los dioses a su orgullo, por traspasar los límites reales o imaginarios impuestos a su naturaleza.

Es el inconformismo y la insatisfacción espiritual, y material la que lleva al hombre a la búsqueda de nuevas formas de organización social y realización



ZENIT N.58

espiritual. Desde que Tomas Moro, con su "Utopía", modelo de sociedad perfecta pero inexistente, inició el rosario de visiones utópicas renacentistas, han sido muchas las corrientes de organización social que han tratado de llevar a la realidad su sueño ideal. Quizás la masonería actual sea una utopía que trata de conjugar los dos mundos, el espiritual y el material reparando los errores cometidos en el pasado. Esa utopía conjugaría el humanismo con la espiritualidad masónica y buscaría acabar con la permanente insatisfacción vital, generando, según la idea de Francisco Espinar, un humanismo abierto a la trascendencia. Simbólicamente nuestra utopía es la reconstrucción del Templo de Salomón¹⁰. Hemos renacido para levantar esa obra y

tanto nuestro Arte como nuestro instinto constructivo deben atender tanto a lo espiritual como a lo material, pero recordando siempre, que las utopías desembocan en numerosas ocasiones en lo que se ha dado en llamar distopías, el triste final de muchas esperanzas.

La evolución de las ideas ha sido una constante en el progreso de la humanidad. Anclarse en doctrinas superadas conduce a la decadencia. La masonería ha estado siempre a la cabeza de la lucha por la libertad humana, mientras otras concepciones han sido arrastradas por el río de la historia. No nos damos cuenta, pero poco a poco la Orden evoluciona explorando nuevas fronteras porque surgen nuevos problemas, nuevas realidades. Tradición no significa valor





inamovible, pues hasta en la Sagrada Biblia se evolucionó de la ley del Talión¹¹ al Sermón de la Montaña.

Es mucho lo que se ha escrito y se sigue escribiendo sobre la historia de la masonería. Hay quien piensa que ha quedado relegada a una curiosidad histórica, ya que la Orden parece alimentarse de los recuerdos de unos tiempos gloriosos y no acaba de encajar en el presente ni tener claro su futuro. En términos psicológicos, sufre una "crisis de identidad". Hablamos mucho de lo que fuimos y muy poco de lo que somos o queremos ser. Reiteramos constantemente cuales son los valores de la masonería (virtudes morales, tolerancia, librepensamiento, fraternidad, universalismo...), pero no hay un acuerdo en lo

que, en términos de organización profana, serían su visión y su misión. Recordando las palabras de Séneca: "No hay viento favorable para el que no sabe dónde va". En esta encrucijada, unos abogan por tener un papel de influencia en la sociedad, otros por un trabajo discreto tanto a nivel personal como social y algunos por un retorno a los valores espirituales de la llamada masonería primigenia. Es normal este desconcierto, en la época dorada de la Orden no existían dudas sobre su cosmovisión, se encontraba a la vanguardia de las ideas, pero hoy en día, muchos de los ideales del pasado son ya una realidad cotidiana. Los tiempos han cambiado y los desafíos de hoy son distintos de los del ayer.

Sin embargo, no debemos olvidar que pretender imponer nuestro sueño, nos igualaría con los fundamentalismos, que creen firmemente que nadie puede querer sino la felicidad que se deriva de su propia utopía y que, para facilitar las cosas a la gente corriente, sus convicciones han de hacerse obligatorias para todo el mundo.

La masonería ha de constituirse en el anhelado "centro de unión", en el cual todas las ideas se depuren a través del crisol del método masónico. No debemos perder el tiempo en el confrontamiento de creencias¹², reproduciendo esquemas demasiado conocidos como para poder pensar que nos lleven a algo diferente. En este empeño, tenemos que cuestionar hasta los propios valores compartidos, ya que muchos de ellos son fruto del contexto y del pensamiento grupal. No es un deseo nuevo, ya lo expresó el aragonés Miguel Servet, víctima de uno de nuestros peores enemigos, el fanatismo: "Ni con éstos ni con aquéllos, con todos consiento y disiento, en todos se ha de ver parte de verdad y parte de error"¹³

En resumen, la espiritualidad y el humanismo son parte fundamental de la mejora individual y social que componen nuestra idea de lo que debe ser una vida masónica plena. La logia debe ser tanto un Templo como un Taller y debemos procurar el equilibrio entre estos dos deberes a lo largo de nuestro camino iniciático.

NOTAS

- 1 Demian: Historia de la juventud de Emil Sinclair.
- 2 José Ramón Ayllón 1994.
- 3 Institute of Science and Religion (ISR)
- 4 Epopteia es una palabra griega (epopteia epopteias) que significa contemplación, el nivel más alto en la alteración de la conciencia que se lograba entre los iniciados en los misterios de Eleusis y Delfos.
- 5 Robert Graves, en el prefacio de su libro "Los mitos griegos" hace una reflexión sobre la naturaleza de la ambrosía y el néctar como alimentos sagrados. Sostiene el autor, que los alimentos y bebidas que se ingerían en las ceremonias sagradas e iniciáticas de la antigüedad clásica, tales como los misterios eleusinos, órficos y algunos ritos dionisiacos, encubrían el uso de sustancias contenidas en diversos hongos, principalmente la Amanita muscaria. La Masonería recoge parte de la tradición iniciática de la antigüedad, y por ello en la novela de Eric Giacometti y Jacques Ravenne "El ritual de la sombra", los autores recrean esta tradición de ritual secreto e ingestión de alimentos sagrados atribuyendo a la Orden Masónica la posesión de un gran secreto consistente en el conocimiento de la fórmula de una bebida sagrada. Esta bebida abría la mente al conocimiento total, a la Verdad con mayúsculas.
- 6 Heautontimorumenos (El enemigo de sí mismo).
- 7 Novum Organum, Nueva Atlantis.
- 8 Sus primeras conclusiones se centran en el descubrimiento de patrones electromagnéticos de la actividad cerebral que se activan por el consumo de sustancias enteógenas, por la práctica de la meditación y por la inducción física a través de electrodos.
- 9 Eclesiastés 1:18
- 10 "Para el masón, el Templo de Salomón es verdaderamente el símbolo de la vida humana que se construye, que se levanta magnífico en el momento en que paso a paso y con arduo trabajo se pule

y se engalana, constituye el símbolo del proyecto masónico en su conjunto" (Sanchez Martín, 2019).

11 En el Antiguo testamento aparece consagrada la Ley del Tali3n en 3xodo 21:23-25; en Le En el Antiguo testamento aparece consagrada la Ley del Tali3n en 3xodo 21:23-25; en Lev3tico 24:18-20 y en Deuteronomio. El cristianismo acab3 de hecho con la Ley del Tali3n a ra3z del Serm3n de la Monta3a pronunciado por Jes3s de Nazaret "si alguien te hiere en la mejilla derecha, vu3lvele tambi3n la otra" (Mateo 5:38-39).

12 Contra principia negantem, non est disputandum (no hay di3logo posible con quien niega los principios). Esta antigua m3xima de escuela explica sabiamente la decepci3n de cualquier debate sobre las creencias. Dios, como m3ximo principio, ser3a la causa universalis.

13 Dialogorum de Trinitate, 1532



ACADEMIA
DE ESTUDIOS
MAS3NICOS